



AVISO LEGAL

Artículo: Visiones de la crisis nacional que influyeron en el programa del movimiento obrero-popular uruguayo (1958-1965)

Autor: Dutrénit Bielous, Silvia

Fue publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*. Nueva época, vol. 6, año VII, núm. 42 (noviembre-diciembre de 1993), ISSN: 0185-156X

Forma sugerida de citar: Dutrénit, S. (1993). Visiones de la crisis nacional que influyeron en el programa del movimiento obrero-popular uruguayo (1958-1965). *Cuadernos Americanos*, 6(42), 78-100. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1993 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510
México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México.

<https://cialc.unam.mx/>

Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este contenido en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



Con la licencia BY-NC-ND usted es libre de:

- › Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- › Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- › No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- › Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

VISIONES DE LA CRISIS NACIONAL QUE INFLUYERON EN EL PROGRAMA DEL MOVIMIENTO OBRERO-POPULAR URUGUAYO (1958-1965)

Por *Silvia* DUTRÉNIT BIELOUS
INSTITUTO JOSÉ MARÍA LUIS MORA,
MÉXICO

URUGUAY SE HA DISTINGUIDO en América Latina por la temprana consolidación de un Estado benefactor y por su prolongada estabilidad democrática. Existieron bases reales para sostener, durante algún tiempo, la idea de la excepcionalidad uruguaya en un continente reñido social, racial y económicamente. Sin embargo, ésta se afirmó por medio de la penetración de una ideología nacional reformista que implantó valores esenciales y reconocidos por el Estado de principios del siglo xx. Así, los conceptos de igualdad de posibilidades generadas mediante una educación laica, gratuita y obligatoria, de defensa de la democracia representativa, de participación ciudadana en todas las instancias de decisión pública, y de protección estatal de los derechos esenciales del trabajador, constituyeron algunos de los pilares básicos de la ideología construida por la élite dirigente pero que expresaba, al decir de René Zavaleta, el horizonte de visibilidad de las mayoritarias capas medias urbanas. La ideología nacional reformista reforzó y redimensionó esa idea de un país distinto al resto de América, aun cuando los síntomas de la realidad comenzaron a negar ostensiblemente las diferencias fundamentales.

Aquella consolidación del Estado benefactor y esta construcción de una ideología de gran penetración social se originan en las dos presidencias de José Batlle y Ordóñez. Una en 1904 y la otra en 1911. Con el último conflicto armado, en 1904, Uruguay entra a la modernidad política y se levanta un fuerte Estado que dicta una vasta legislación social que cubría desde la salud y la educación públicas hasta la seguridad del trabajo, y promueve la organización de los sectores sociales de manera autónoma y no corporativa.

El movimiento obrero que reconoce sus inicios en el último cuarto del siglo XIX adquiere fuerza durante el estado batllista. A ello contribuyeron la influencia anarco sindicalista de los inmigrantes,¹ la fundación de los partidos Socialista primero y Comunista después² con indiscutida presencia en las organizaciones laborales y la propuesta batllista de que los obreros debían organizarse y crear sus propias instancias orgánicas para discutir con las estatales y las patronales.

La organización y solidez del sistema político giró en torno a la estabilidad y a la reconocida centralidad del sistema de partidos. Éste mantuvo, hasta pasada la década de los sesenta, la fuerza de un bipartidismo constituido por las colectividades Blanca o Nacional y Colorada.³ En 1971, cuando nació el Frente Amplio, —la más importante coalición de la izquierda política—, comenzó a decaer el bipartidismo,⁴ de tal forma que, con una historia secular, el movimiento obrero nació con una raigal autonomía reconocida e impulsada por el Estado, pero básicamente reforzada por la permanente dirección de los partidos de extracción marxista. Esta notoria influencia y conformación directriz cooperó para que se fuera consolidando una indisoluble fuerza unitaria con envergadura nacional, con propuestas reivindicativas propias, sociales y democráticas.

La fuerza del movimiento obrero y sindical, hasta pasado el medio siglo, no desestabilizó la democracia uruguaya. De forma tal que podría pensarse que era funcional al esquema de dominación tradicional.⁵

¹ Población constitutiva de la sociedad contemporánea y con arraigo fundamental en la ciudad capital. Montevideo y sus alrededores concentran la mitad de la población del país.

² Uno y otro tuvieron desde siempre una primordial influencia en el movimiento obrero que fue concentrándose con el tiempo en el predominio dirigente del Partido Comunista.

³ Los partidos Blanco y Colorado se originaron en la primera mitad de la centuria pasada, y desde entonces se han hecho cargo del gobierno en una tradicional —además de constantemente remozada— política de coparticipación. Estas colectividades políticas se conocen también como los partidos tradicionales.

⁴ En 1989 el Frente Amplio triunfó en la capital. Este hecho resultó singular porque fue la primera vez en la historia nacional que la izquierda partidaria conquistó un cargo ejecutivo y porque nunca se había dado que el gobierno capitalino tuviera un signo contrario al del central.

⁵ Que finalmente resultó de la conjunción de formas de la coparticipación de los partidos tradicionales, Blanco y Colorado, en las instancias del Estado.

Hasta mediar el siglo, el Estado siguió conservando su carácter redistributivo y manteniendo los rasgos del sistema político tradicional. Pero en la década de los cincuenta comienzan a aparecer signos de endeblez de los pilares sobre los que se erigía la ideología nacional reformista. La evidencia del estancamiento, de la involución, de la fragilidad de la otrora "Suiza de América" germinaba lentamente. El ánimo crítico inició su crecimiento en la medida que se manifestaban las debilidades reales de esa visión de la vida nacional. La grave crisis que se inició a fines de los cincuenta y las consecuentes tensiones sociales amenazaron primero, y corroyeron luego, al Estado benefactor hasta que terminaron por finiquitarlo.

Sin embargo, la advertencia de los primeros síntomas de deterioro sólo fue compartida por pequeños sectores. Pesaba en la mayoría la falaz perspectiva ideológica de la excepcionalidad uruguaya, y el ritmo social lento y equilibrado de un país en el que los problemas eran resueltos desde el Estado mediante negociaciones.

Quienes lograron ver más allá de las certezas tradicionales tuvieron el mérito de percibir la crisis de aquel Uruguay liberal y de proponer un cambio que definían como solución del drama nacional. En este sentido, los partidos vinculados al movimiento obrero fueron pioneros en la percepción de la crisis y de su entidad. La reflexión fue realizada, especialmente, por sus principales teóricos: Rodney Arismendi, secretario general del Partido Comunista (PCU), y Vivían Trías, militante y parlamentario del Partido Socialista (PSU). Ellos fueron las figuras más destacadas del pensamiento crítico partidario de entonces que influyó en las propuestas del movimiento obrero y popular. Asimismo, desde responsabilidades estatales, algunos técnicos e intelectuales también percibieron que el país entraba en una crisis de magnitud desconocida. Los principales exponentes del pensamiento desarrollista vinculados a esta perspectiva crítica fueron los economistas Luis A. Faroppa y Enrique Iglesias.

La labor de Arismendi y de Trías merece un párrafo aparte. Al primero se debe la esencia y más enjundioso de la interpretación del PCU. El segundo es el renovador de la visión socialista y el dirigente, teóricamente, más influyente de su partido durante el período.

Arismendi, de formación eminentemente política, en su doble aspecto de militante y dirigente de partido y de participante en el juego político democrático uruguayo—institucionalmente como di-

putado pero, sobre todo, en el complejo y arduo trabajo de las relaciones políticas para tejer los rumbos de una orientación vinculada con el movimiento obrero— conjuga ya en ese momento un singular conocimiento de Marx, Engels y especialmente de Lenin con una alta sensibilidad teórica que le permitió interpretar con originalidad la realidad y, en ingente propósito generalizador, la realidad latinoamericana. Rebasó así, en algunos puntos sustanciales, al estalinismo aún firme y con vigencia consensual a mediados de los cincuenta.

Trías, historiador de amplia labor, fluye hacia la política como militante socialista para alcanzar estatura de dirigente nacional. Desde allí y en su papel de parlamentario, aunque con interrupciones debidas a los algunas veces escasos votos socialistas, elabora el diagnóstico de la crisis y algunas líneas maestras de la estrategia de su partido. Con influencia de la historiografía revisionista argentina y pionero de esta corriente en la bibliografía uruguaya, infiltra de sus aportes la interpretación del país que realiza. A la vez, integra algunos elementos analíticos del estructuralismo marxista en el tratamiento de una información que muchas veces, en su excesiva cantidad, se desdibuja. Carlos Real de Azúa, con afectuosa predilección, proveniente de coincidencias fácilmente identificables, lo centra así: "Figura principal de un socialismo renovado, cuya vigencia se afirma más allá de sus contratiempos en la tramposa ruleta electoral, Vivían Trías (1922) es escritor seguramente menos literario que los anteriores y en sus libros no se resuelve casi nunca el armado definitivo de su rica pluralidad de planos ópticos y de la riqueza de materiales, algunos inmediatísimos, que los fundamentan".⁶

Los autores desarrollistas, Iglesias y Faroppa, más preocupados de los requerimientos de la política económica practicada por un Estado que aún veían, dentro del canon batllista, como mediador e impulsor del desarrollo, inician sus análisis con el diagnóstico enfocado hacia una consecuente acción estatal.

Retomando interpretaciones sobre la crítica situación del país y con intención propositiva y proyectiva el movimiento obrero formuló un programa de transformaciones económicas, sociales y

⁶ Carlos Real de Azúa, "El Uruguay como reflexión" (I), *Capítulo Oriental, la historia de la literatura uruguaya*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968, núm. 36, pp. 574-575.

políticas que rebasó ampliamente cualquier propuesta reivindicativa. Los documentos principales fueron resultado del Congreso del Pueblo celebrado en 1965.⁷

El contenido de los documentos programáticos se basó en un diagnóstico de las grandes tendencias del devenir histórico nacional. En el centro de la descripción de la realidad de los primeros sesenta se ubicó la noción de crisis.

Este artículo de análisis historiográfico presenta las caracterizaciones que eran más o menos influyentes en las organizaciones sociales a la hora de la definición de ese programa. Dicho de otra manera: muestra el clima ideológico que cubría los alrededores del espacio de la clase obrera cuando algunas de las organizaciones sindicales resolvieron y lograron coagular su visión del país y de su propio destino.

La percepción predominante era mucho más definida en cuanto a los rasgos económicos de la crisis y obviamente ésta aparecía como más cognoscible en este sentido —calculable y nítido— que en cualquier otro. De ahí la preminencia del análisis económico en estas páginas.

El programa acuñado entre 1958 y 1965 se convirtió entonces en un texto fundamental de la movilización social que orientó las luchas sindicales y sociales acaecidas durante el periodo posterior que culminó con el golpe de Estado. De modo que su defensa constituía práctica subversiva en momentos que la crisis de gobernabilidad arrasó al Uruguay liberal.

En la primera parte del artículo se plantea el clima ideológico presente en el momento que la crisis comenzaba a sentirse. En la segunda parte se describen los aspectos sustantivos de la Declaración Programática del PCU, los trabajos del socialista Trías, contemporáneos al lanzamiento del programa, y los análisis desarrollistas más influyentes.⁸ Finalmente, en la tercera y última parte se realiza una comparación de las diversas caracterizaciones.

⁷ Reunión de 707 organizaciones sociales, cuya composición comprendía sindicatos de trabajadores manuales e intelectuales, gremios estudiantiles, asociaciones culturales y agrupaciones de pequeños propietarios, celebrada en agosto de 1965.

⁸ Como se anotó, estas caracterizaciones pertenecen a los partidos que en el momento del Congreso del Pueblo exhibían una mayor ligazón con el movimiento obrero. A su vez se estipulan, brevemente, aquellos conceptos que eran preponderantes en el medio profesional, en particular entre los científicos sociales, y que se enfrentaban al país desde una concepción desarrollista-estructuralista.

Como se trata de un análisis historiográfico, la descripción de las caracterizaciones realizada en el segundo apartado conserva la terminología de cada enfoque y las expresiones características de los autores. Quien escribe reproduce esos juicios pero, como es obvio, reserva su valoración para el tercer apartado.

1. Una visión de la ideología de la época

CONVIENE ubicar previamente la atmósfera en que se generaron estos planteamientos. Es importante contrastar la aparición de formulaciones que vinculaban el país a las realidades latinoamericana e internacional con la ya mencionada preservación de la insularidad uruguaya. Es decir, recuperar el momento conservador que se mantiene como el predominante cuando sucede la formulación programática. En este sentido, es concluyente la percepción global de quien, desde las páginas del semanario *Marcha*, apreció ese reforzamiento consustancial del sentido común uruguayo: el devenir histórico como repetición perenne.

Carlos Quijano reúne en las páginas de *Marcha* la búsqueda de una explicación original, el tanteo siempre urgido de una realidad que se le adelanta y la apreciación entera, indivisible, total, del universo dividido y contradictorio que toda nación constituye. Pero su pertenencia señera a la intersección entre el mundo intelectual y el conglomerado político, constituido con declarado espíritu crítico, le nutrió la mirada de un escepticismo revelador del hondo transcurrir de la vida política y social del país. Y, a su vez, le habilitó para comprender desde una perspectiva, a veces marginal, los movimientos de esa ideología que, tipificada como dominante, cala por ello sensiblemente más hondo en los dominados.

Decía Quijano en 1965:

A pesar de cuanto ha ocurrido en el mundo, de cuanto ocurre, este paisito de 2 millones y medio de habitantes, que es el Uruguay, no tiene noción ni conciencia. Sigue aferrado a sus mitos. Sigue con los ojos vueltos hacia el fugaz pasado venturoso que, por milagrosa conjunción de la realidad interna y los factores externos, le tocó vivir. Es la nuestra una mentalidad insular. Insularidad en el tiempo. Todo lo demás pasa por los aires y por los mares. No nos toca. Son fenómenos anormales. La verdad es nuestro ayer. Nos hemos quedado encerrados en nuestra cáscara, a la vera del camino, espectadores inmóviles, nostálgicos y temerosos, de las luchas y sufrimientos de otros... El reloj se ha detenido. Para vivir nos basta con repetir nuestros exorcismos y cumplir nuestros ritos. Salvadas las formas, los hechos no cuentan. Cuando

el hipopótamo aparece, decretamos, como el personaje de Ardao, que ese animal no existe. Negar los hechos, ignorarlos, adulterarlos no es sólo una característica de los que ocupan cargos de Gobierno —al fin y al cabo éstos no lo serían si no tuvieran respaldo—, es una característica nacional. A los orientales nos gusta engañarnos, tomar nuestros vagos y mediocres deseos por realidades, despreciar los hechos cuando ellos perturban nuestra tranquilidad. En el mismo altar de la realidad, todos oficiamos, todos convivimos. Es una táctica y común hipocresía.⁹

La agudeza de Quijano que capta la dominante percepción de un país inamovible muestra, por contraste, que una reflexión centrada en la crisis nacional era, en aquel Uruguay de 1958 a 1965, original y de ruptura.

2. Las caracterizaciones de la crisis

CON esta descripción como telón de fondo hay que internarse en las caracterizaciones que siguen.

2.1. La visión comunista en la Declaración Programática

En la Declaración Programática del PCU, resultante de su XVII Congreso (1957), se encuentra una sistematización de la visión que conformó del país y que se mantiene en sus líneas esenciales durante el periodo. La intelección básica depende de la proposición de que los problemas nacionales contemporáneos están causados por las contradicciones y tensiones de la formación económico-social que tiene su matriz en el proceso de la independencia. El latifundio de origen feudal de la Colonia y la monoproducción ganadera son los componentes esenciales de dicha matriz.¹⁰

La formación queda así definida en la Declaración: "Este régimen se caracteriza por la dominación de la clase de los grandes terratenientes y grandes capitalistas y por la dependencia del imperialismo, particularmente norteamericano".¹¹

⁹ Carlos Quijano, "Los mitos y los hechos", en Carlos Real de Azúa, comp., *El Uruguay visto por los uruguayos*, t. 2, Buenos Aires, Centro Editor de América Launa, 1968, p. 7 (Biblioteca Uruguaya Fundamental).

¹⁰ Rodney Arismendi, *Problemas de una revolución continental*, Montevideo, EPU, 1964, pp. 312 y 316-17.

¹¹ Cf. PCU, "Declaración Programática y Plataforma Política Inmediata", en *Estudios* (Montevideo, PCU), núm. 10 (octubre de 1958), p. 126.

Se entrelazan los dos rasgos definidores de la economía y la sociedad del siglo xx: la dependencia y el monopolio de la propiedad privada de la tierra. Éstas son las causas del atraso y la miseria del pueblo y sus constantes fuentes de acrecentamiento.¹²

Estos hechos centrales originados en la Colonia durante el siglo pasado fundamentan los rasgos mencionados. Pero ellos fueron recreados por el desarrollo capitalista que impulsó el batllismo en los albores del siglo. La formulación es la siguiente:

La burguesía nacional, que pasó a gravitar en el gobierno desde comienzo de siglo, con los primeros gobiernos batllistas, adoptó algunas medidas para favorecer el desarrollo de la economía, particularmente de la industria productora de artículos de consumo, pero no afrontó ni realizó una transformación radical de la propiedad rural, ni llevó a cabo una política antimperialista consecuente. Concluyó con el latifundio y el imperialismo inglés y facilitó la penetración del imperialismo norteamericano. El incipiente desarrollo capitalista no alteró así de modo sustantivo la estructura dependiente y monocultural de la economía.¹³

La formación social descrita condiciona el funcionamiento de la economía y delimita la alineación de las clases. El monopolio de la propiedad de la tierra permite mantener ciertos resabios feudales y, a su vez, faculta a un pequeño grupo de terratenientes para sustraer, parasitariamente, de la economía agraria, enormes rentas, que de otra manera podrían reinvertirse en nuevas técnicas productivas. Es así que:

El latifundio y los resabios feudales, que se basan en él, son la traba fundamental que se opone al desarrollo de nuestra producción ganadera y agrícola. Determina la vida miserable de la población del campo y constituye una de las causas del éxodo rural. Condiciona la estrechez del mercado interno, que repercute en la endeblez de toda la economía nacional y en su enfermiza sen-

¹² *Ibid.*, p. 128. Textualmente dice: "La dependencia de Uruguay del imperialismo se expresa hoy principalmente en la penetración de los capitales monopolistas extranjeros, particularmente norteamericanos, en algunas grandes empresas industriales y comerciales, filiales de monopolios o empresas mixtas..." "La otra causa fundamental del atraso y de la miseria del pueblo es el monopolio de la tierra por los grandes latifundistas. 600 familias de grandes propietarios son dueñas de más de un tercio del territorio nacional y del 50% del ganado bovino y ovino, mientras que centenares de miles de trabajadores no poseen tierras", *ibid.*, p. 129.

¹³ *Ibid.*, p. 126.

sibilidad a las oscilaciones del mercado exterior, punto hacia donde confluyen todas las contradicciones de nuestra estructura económica.¹⁴

La dependencia se nutre también de este latifundio monoprodutor de pecuarios:

Mirado desde el mercado exterior, nuestro país es un país agrario, exportador primordialmente de alimentos y materias primas originarias del latifundio ganadero; allí se acusa su dependencia del mercado exterior y allí se enlazan todas las contradicciones que se originan en esa dependencia y en la propiedad latifundista de la tierra.¹⁵

Esta visión afirma la existencia de dos clases sociales fundamentales: la burguesía y el proletariado. Entre ellas se sitúan extensas y diversificadas capas medias.

Dicha burguesía se diferencia, se concentra y se coliga durante el desarrollo reciente a la fecha de la Declaración. Durante la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, después de la Segunda, se perfila una capa de grandes capitalistas vinculados a la banca, a la gran industria, al gran comercio importador y de barracas de exportación que han invertido parte de sus ganancias en la adquisición de tierras. A su vez, esta capa alberga a los terratenientes que invierten sus rentas en los mismos bancos, industrias y comercios. Paralelamente existe una burguesía media cuyos capitales están colocados fundamentalmente en la industria y que, por lo mismo, procura ampliar el mercado interno. La gran burguesía, sin embargo, no se considera homogénea. La presencia de la crisis económica y la brutalidad de la política norteamericana la distingue según sus diferentes posturas ante estos fenómenos. Una parte son los grandes capitalistas estrechamente unidos al imperialismo norteamericano

... que actúan como sus agentes directos y descarados, que han perdido todo rasgo patriótico y constituyen una fuerza antinacional cerradamente opuesta al progreso económico y social. La otra, está formada por grandes burgueses, que tienen sus capitales invertidos principalmente en la industria nacional y que, si bien están dispuestos a hacer concesiones al imperialismo norteamericano, se ven golpeados cada vez más en sus intereses por su política expoliadora; ellos constituyen la gran burguesía conciliadora.¹⁶

¹⁴ *Ibid.*, pp. 129-30.

¹⁵ Rodney Arismendi, pp. 310-11.

¹⁶ PCU, pp. 130-31.

Este criterio diferenciador de raíz ideológica, o si se prefiere conductual, por cuanto pone el énfasis en las actitudes y comportamientos de las fracciones de clase frente a los fenómenos diversos de la crisis económica y el imperialismo, sirve también para delimitar la existencia de una burguesía nacional. A partir

de las características del desenvolvimiento capitalista en el país, extrae la definición de nacional para aquella parte de la burguesía lesionada profundamente por el imperialismo, particularmente yanqui, y que corresponde, en general, a la burguesía media, particularmente industrial. Y la considera un aliado previsible del proletariado en el Frente Democrático de Liberación Nacional...¹⁷

El proletariado de origen obviamente simultáneo con la burguesía es ubicado en la ciudad y el campo. Se nutre y se amplía con los inmigrantes y porta en muchos sectores las ideas socialistas que aquéllos fraguaron en los enfrentamientos y crisis sociales de los años de consolidación del Uruguay contemporáneo: los que transcurren entre 1870 y 1930. Su distribución e inserción cuantitativa en la sociedad actual quedan descritas así:

La deformación del desarrollo capitalista se refleja en la distribución social de la población: siendo el latifundio ganadero la fuente casi única de la exportación, más de dos tercios de la población es urbana y casi un 10 por ciento es proletariado, concentrado particularmente en la ciudad de Montevideo.¹⁸

Las capas medias carecen de una descripción y por tanto, aún más, de una caracterización sistemática. Son referidas escasamente y de manera enumerativa cuando se trata de la política de alianzas y se ocultan, por lo general, en el concepto de pueblo o de fuerzas patrióticas. Se dice: "En torno a la alianza obrero-campesina se aglutinarán las capas medias urbanas, intelectuales y estudiantes, empleados y funcionarios, jubilados y pensionistas, artesanos y pequeños comerciantes".¹⁹

¹⁷ Rodney Arismendi, p. 313.

¹⁸ PCU, p. 127. Y Arismendi refuerza esta idea así: "Son además considerables, desde el punto de vista económico, los índices de la concentración del capital y la significación de las fábricas de más de 500 obreros en las ramas más importantes de la industria", Rodney Arismendi, p. 311.

¹⁹ PCU, p. 134.

La contradicción fundamental que explica el movimiento de esta formación social se analiza entrelazadamente desde las perspectivas del modo de producción y de la organización social. Como definición se anota:

La contradicción principal de la estructura económico- social del Uruguay es la contradicción entre las fuerzas productivas que pugnan por desarrollarse y las relaciones de producción, basadas en la dependencia del imperialismo y el monopolio de la tierra, que frenan ese desarrollo. Ella se expresa también en la contradicción entre el imperialismo, los latifundistas y los grandes capitalistas antinacionales, y todo el pueblo uruguayo, los obreros, agricultores y ganaderos pequeños y medios, los intelectuales y estudiantes, los empleados del Estado y privados, los jubilados y pensionistas, los artesanos y pequeños comerciantes, y la burguesía nacional, constituida, en lo fundamental, por la burguesía media.²⁰

Estas definiciones, que corresponden al carácter de las relaciones de producción imperantes, son las que facilitan la explicación de la crisis estructural. De ahí que el análisis del PCU afirma que esta crisis ha sido permanente debido a que los pilares esenciales de la estructura no han sufrido cambios radicales durante la vida independiente de la República. La nueva situación que se perfila pasado el medio siglo es una agudización de la crisis estructural y su reflejo oblicuo en el conjunto de la sociedad, la ideología y la política.²¹

²⁰ *Ibid.*, p. 131.

²¹ Una extensa cita documenta este enfoque: "A los males derivados de la estructura económica se suman las consecuencias de la política de sometimiento del país a los planes norteamericanos seguida por los distintos gobiernos desde la última guerra, y que hoy están haciendo crisis ante los ojos de la mayoría del país... Numerosas ramas de la industria se estancan o retroceden, la ganadería y la agricultura no progresan, la carestía y la desocupación azotan a los trabajadores. La inflación, el alza vertical de la deuda pública, la desvalorización de la moneda, el desquicio de las finanzas, se acentúan. Todas las contradicciones de la economía nacional se manifiestan vivamente. El punto de confluencia de éstas, por ser un país económicamente dependiente del imperialismo, es el comercio exterior: los déficits de la balanza comercial cubren la mayoría de los años de postguerra, el descenso de las exportaciones agrava la situación y compromete el abastecimiento del país en combustibles, máquinas y materias primas. Esta situación provoca un gran descontento, que se expresa en la combatividad de la clase obrera, en el despertar del campo, en las protestas y demostraciones de las capas medias y en la inquietud creciente de la burguesía nacional", *ibid.*, p. 138.

La contradicción fundamental, la crisis estructural que sobre ella se erige y la situación que se gestaba, agudizándola, permiten concluir que un cambio radical, que transforme la estructura imperante, es la única solución a la crisis. Éste se entiende como una revolución agraria y antimperialista, primera etapa de la revolución socialista que madura en el interior de la sociedad. Esta premisa estratégica permite delinear la estructura de las alianzas de clases y el papel que debe cumplir la clase obrera. Al respecto se declara:

Es preciso que pasen a ocupar las posiciones dirigentes nuevas fuerzas sociales, ante todo, la clase obrera, que deberá asumir las principales responsabilidades del poder. Junto a la clase obrera, deben actuar en el gobierno otras capas populares: campesinos, capas medias urbanas y aquellos sectores de la burguesía nacional que quieren luchar por la independencia y el progreso.²²

Las propuestas que sustentan la transformación estructural incluyen una política exterior no supeditada a los Estados Unidos, nacionalizaciones de las industrias básicas (principalmente frigoríficas) y la banca, reforma agraria redistributiva de la propiedad de la tierra, políticas de precios e ingresos favorables a las clases populares. Un gobierno representativo de las fuerzas democráticas y patrióticas que conduzca el cambio estructural, impulsaría también una política social y cultural de contenido igualitario y humanístico.

2.2. La visión socialista y el Plan de la Unión Popular

Al contrario del PCU, cuya crisis interna fue sólo un episodio que supuso un brusco cambio de timón y que se plasmó en la Declaración Programática que selló la línea sostenida durante el periodo posterior, el PSU padeció crisis cíclicas pautadas por embates de distintas intensidades. Esta situación obliga a precisar algunos de los momentos cruciales para ubicar la caracterización que se expone.

En 1955, Emilio Frugoni, secretario general del partido durante los últimos cincuenta años, es separado de su cargo. Encarna la corriente reformista y socialdemocrática acuñada en el evolucionismo social de la II Internacional e inspirada en la versión civilizadora y crasamente europeísta del marxismo que produjo el socialista argentino Juan B. Justo. Frugoni inventó el partido "picana": la

²² *Ibid.*, p. 132.

función del socialismo es azuzar a los partidos tradicionales en sus intenciones reformistas.

En 1962, el partido realiza una alianza con un sector escindido del Partido Nacional y forma la Unión Popular (UP). De claro perfil electoral estaba permeada por un anticomunismo de origen tercerista. La UP no fue una formación política duradera. Simultáneamente, los primeros militantes radicalizados por el fragor de la revolución cubana inician su alejamiento. Frugoni, desplazado, se retira de su partido para no votar por un político blanco, el ex ministro Enrique Erro, a la sazón líder de la coalición.

Después del fracaso de 1962 la situación crítica se agudiza y estalla. Carlos Machado la describe desde la posición de los que se quedaron:

En esa coyuntura, y como consecuencia, se generan distanciamientos y fraccionalismos que debilitarán al PSU. Algunos abandonan al Partido, alegan su descrédito sobre las perspectivas y se apartan de la militancia. Otros van al FI de L, tras haber agrupado en su torno un pequeño sector (es el MPU). Otros van a las filas batllistas y adhieren, así, a Michelini. Un grupo se refugia sobre las ortodoxias (supuestas ortodoxias), razona con mecanicismo y opera de manera fraccional, con prácticas divisionistas que originan, al fin, su expulsión (constituyen el MUSP). Otros transitarán concepciones "foquistas" ajenas al marxismo-leninismo y se marginarán del Partido.²³

En este proceso Vivían Trías encarna el vínculo con el futuro. De ahí su relevancia y su elección como representante de la visión socialista.

Trías proclama que la imagen habitual del país que el uruguayo medio dibujó durante años iba apareciendo con cada vez mayor enjundia como mentirosa y se percibía, por lo mismo, un Uruguay más latinoamericano. Este cambio de imagen está respaldado en la persistencia de los factores siguientes: pobreza de la inmensa mayoría de la población, opresión imperialista y ascenso del gorilismo.²⁴ Estos factores han sido condicionados por la dependencia colonial y el

²³ Carlos Machado, *Historia de los orientales*, Montevideo, EBO, 1972, pp. 387-388. Las siglas FI de L y MPU significan respectivamente Frente Izquierda de Liberación y Movimiento Popular Unitario.

²⁴ Gorilismo es una expresión que proviene de la jerga política de la época que alude a la intervención militar en el Estado. Se halla vinculada a las primeras amenazas de golpes de Estado militares y a las fuerzas civiles que los promovían.

subdesarrollo. Es así que la economía nacional se encuentra paralizada por el latifundio, saqueada por el capital extranjero, solivian-tada por la inflación y la especulación que crece acaloradamente como el medio más seguro que la oligarquía se da para obtener mayores beneficios.

Las estructuras económicas están deformadas por la explotación imperialista, y esa deformación se expresa en el subdesarrollo. Este último no es una ausencia de desarrollo sino su alteración anormal. Por ello, no es transformable en un alto nivel de desarrollo capitalista. “Se ha desarrollado deformemente; entre otras razones, porque la arquitectura de su economía sirve al interés de una minoría oligarca y, sobre todo, de los monopolios imperialistas. En eso consiste, precisamente, la crisis de estructura”.²⁵

Dicha deformidad apunta a una oligarquía que es descrita así en sus bases de sustentación y en su aglomeración económica:

Unas 500 familias acaparan casi la mitad de la tierra explotable (unos 8 millones de hectáreas); el 3.6% de las empresas industriales poseen el 74% del capital total invertido en la industria; 16 bancos poseen casi el 70% del capital invertido en la banca privada; el comercio exterior y la comercialización interior de la producción agropecuaria están en las manos de un puñado de empresas.

Este recuento se complementa con una comprobación esencial: en general, esas 500 familias, estrechamente ligadas al capital imperialista en calidad de socios menores, constituyen un núcleo poderoso y privilegiado que controla ese 3.6% de las empresas industriales, esos 16 bancos, el comercio exterior y la comercialización de la producción agraria en el mercado interno.²⁶

La economía nacional que, a pesar de un escaso nivel tecnológico, genera un excedente económico, básicamente originado en la renta de la tierra, funciona transfiriendo constantemente este excedente al circuito imperialista y a la estrecha oligarquía nacional.

Sobre esta inserción dependiente y este desarrollo deforme se genera una detención del proceso económico. Para verificarlo se apoya en los datos de la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico —organismo oficial— y concluye que el estancamiento productivo fundamenta la especulación creciente.

²⁵ Vivián Trías, *Economía y política del Uruguay contemporáneo*, Montevideo, EBO, 1968 (Col. *Uruguay en Controversia*), p. 31.

²⁶ *Ibid.*, p. 27.

Cuando un mismo grupo económico con intereses en la producción, el comercio y la banca, ve que la primera se estanca y el segundo sufre de ese estancamiento, no se preocupa por corregirlo, ya que tiene la fácil salida de recurrir al tercero, a la especulación bancaria para mantener sus ganancias y, aun, acrecentarlas.²⁷

La propuesta programática correspondiente a este planteamiento fue esbozada en el Plan de Gobierno que en 1962 impulsó la Unión Popular. En él se decía:

El progreso uruguayo se basa pues en acumulación de capital por su propio esfuerzo, acumulación de capital defendiendo y promoviendo el trabajo nacional contra las deformaciones y sangrías de la oligarquía y el imperialismo, acumulación de capital haciendo la adecuada elección de las inversiones en una planificación democrática. Planificación uruguayana para uruguayos.

El latifundio es el fundamento de poder de nuestra oligarquía. El latifundio extiende su poder a 'a banca, y es una tenaza no sólo contra los pequeños y medianos productores rurales, sino contra toda la industria. La eliminación del latifundio y de su reverso, el minifundio, es el punto de partida para toda auténtica reforma rural y expansión industrial.²⁸

Se apoyaría el Plan en un amplio movimiento de unidad de pueblo: "...pueblo con pueblo contra la oligarquía", que imponga las transformaciones estructurales necesarias para la recuperación económica y el progreso que anhelan todos los orientales.

2.3. La visión desarrollista

Nacida del embate planificador de la política económica que recorrió América Latina luego de la Alianza para el Progreso, la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico formuló un diagnóstico del país y recomendó salidas a la crisis que detectó siguiendo una concepción cepalina y desarrollista. Enrique Iglesias, animador principal del organismo, resumió luego los aportes fundamentales de este esfuerzo colectivo. El diagnóstico encuentra las

²⁷ Y el texto continúa así: "Ello explica que, gradualmente, los beneficios del campo y de la industria se reinvertieran cada vez menos en estos sectores y derivaran cada vez más hacia la especulación bancaria donde encontraban posibilidades mucho más rentables", *ibid.*, pp. 32-33.

²⁸ Unión Popular, 'Plan de gobierno', en Instituto de Ciencias Sociales, *Partidos políticos y clases sociales en el Uruguay, aspectos ideológicos*, Montevideo, FCU, 1972, p. 191.

raíces de la pérdida de dinamismo de la sociedad para concluir, a través de algunas hipótesis explicativas, en propuestas concretas de cambio.

Analíticamente se descompone la realidad del país en sus planos social, institucional y económico. En el plano social tres son los rasgos que operan negativamente en el desarrollo: el acentuado conservadurismo que determina una resistencia al cambio y a la incorporación de generaciones nuevas en la vida social y política, la existencia de un peso demasiado alto del ideal de seguridad que deviene en la neutralización constante de los impulsos dinámicos de algunos sectores y, simultáneamente, un excesivo espíritu crítico, con tendencia al pesimismo, que genera actitudes negativas hacia la acción. Sobre este juego de características del ámbito social se levantan las siguientes hipótesis de trabajo. Éstas se detallan de inmediato:

Enfrentadas a las dudas que puso de relieve un diagnóstico social necesariamente imperfecto, hemos tomado como punto de partida las siguientes convicciones que en las presentes circunstancias deben ser miradas como verdaderas hipótesis de trabajo, antes que como conclusiones racionales y científicas: a) que la sociedad uruguaya "debe querer el progreso" por cuanto otra posición sería negarle tendencias naturales a toda sociedad; b) que el precio del progreso involucrado en el cambio debe serle planteado a la sociedad. Sólo en ese momento podrá apropiarse si está organizada para el cambio y si los propios mecanismos políticos y la sociedad misma aceptan ese cambio; c) que cualesquiera sean los cambios propuestos, no deberá violentarse la función de bienestar del uruguayo, dentro de la cual la estabilidad y seguridad son preponderantes. El problema será convertir el desarrollo en un instrumento de defensa y de oportunidades para el mantenimiento y la conservación de esos ideales tan caros al ciudadano medio del país.²⁹

Se concluye que en la primera mitad del siglo la sociedad hizo un proceso excepcional contrastado con el resto del continente, si bien en lo recorrido de la segunda se manifiestan progresivamente elementos de anquilosamiento y de pérdida de dinamismo en casi todos los niveles sociales. "Este fenómeno de depresión colectiva debe atribuirse a la propia estructura de la sociedad y aun a su envejecimiento progresivo, pero también al hecho de que la sociedad no

²⁹ Enrique Iglesias, "Las enseñanzas del diagnóstico uruguayo", en *El Uruguay visto ...*, p. 72.

ha sido probada o estimulada con proposiciones de cambio y progreso''.³⁰

Por último, una percepción de que la continuidad de las actuales condiciones conllevaría la pérdida de los pilares que sustentan la sociedad actual integra la conclusión global.

En el plano institucional se examinan la propiedad, la técnica y la administración pública. Se observa que estas instituciones deberían cambiar para estimular el progreso. Así, la técnica, siempre ausente de la escala de valores de algunos grupos sociales, es reivindicada como necesaria para la transformación. Los moldes de funcionamiento de la organización institucional se han vaciado en el seno de un Estado ya periclitado, definido por Iglesias como liberal clásico. Se señalan los rasgos típicos e insistentemente comentados por la CEPAL de la ineficiencia de la administración pública: autonomía excesiva de los entes públicos, descoordinación y parcelamiento de las decisiones, falta de calificación del personal adscrito tanto a los servicios como a la producción de bienes finales. "Pero en su conjunto los rasgos mencionados significan que el Estado uruguayo no está preparado institucionalmente para tomar a su cargo la mayoría de las responsabilidades de un Estado desarrollista".³¹

Es necesario, pues, si se quiere adaptar el Estado a un proceso de desarrollo, la modernización y adecuación de la tupida estructura jurídico-institucional (lo que supone, sin duda, un cambio en la función social del derecho de propiedad y del uso de ciertos bienes) a la vez que se debe hacer más fluida la acción del gobierno en la administración y en la producción. Conjuntamente, se deberá establecer una política de selección y calificación de los burócratas que asegure su mayor productividad y los convierta en un factor impulsor del desarrollo.

En el plano económico un estancamiento, paradójicamente creciente, que duraba ya una década, unido a una sensible desaceleración de las ramas fundamentales es comprobada por los índices estadísticos más relevantes: la producción de 1963 es inferior en un 12% a la de 1957, la falta de mecanismos capaces de proporcionar empleo se acentúa, la productividad es decreciente, el balance de pagos en cuenta corriente es constantemente deficitario, el déficit presupuestal del sector público —principal empleador— se ha ensanchado, la inflación de ritmo ascendente alimenta un clima de

³⁰ *Ibid.*, p. 73.

³¹ *Ibid.*, p. 75.

desconfianza y redistribuye regresivamente el ingreso, y al final, la inversión reproductiva y dinámica es cada vez menor.

Una visión más completa del proceso económico está contenida en el trabajo pionero de Luis A. Faroppa, *El desarrollo económico del Uruguay*. La premisa sustentadora del análisis dice que la economía de un país de escaso nivel de desarrollo para desenvolverse y alcanzar una integración de sus diferentes sectores debe evitar estar sujeta a las fluctuaciones cíclicas del mercado internacional y propender a la intervención estatal favorable a su crecimiento y a la armonía intersectorial. Esta premisa se apoya y se refuerza en una razón histórica: lo que ocurrió en el Uruguay desde 1929-30 en adelante.

Durante la crisis originada en 1929, la política económica gubernamental apuntó hacia el decrecimiento de la vulnerabilidad de la economía nacional respecto al mercado exterior y al incremento de los niveles de vida. Esta postura se inició en un cambio de la política liberal por un intervencionismo practicado con vigor en diferentes áreas. Las intervenciones favorecieron las expectativas de beneficios de los empresarios y éstos simultáneamente alentaron la producción y el empleo, lo que, obviamente, interpretando el proceso desde un punto de vista keynesiano, devino en un incremento del ingreso disponible que repercutía, nuevamente, sobre la inversión. De 1935 a 1945, como resultado de la escasez que provocó la situación de crisis y la posterior de guerra, y por la pequeñez del mercado nacional, se gestó una movilización industrial progresiva "que se financió, parcialmente, con relaciones de precios favorables al sector manufacturero en detrimento del agro y de los grupos obreros; también se financió parcialmente con subvenciones y créditos oficiales".³²

La década siguiente se mostró como un típico proceso de industrialización favorecido por el fin de la Segunda Guerra Mundial. El sector manufacturero se convirtió en el eje del impulso al crecimiento de la economía en su conjunto. Este desarrollo adquirió la siguiente modalidad: "La tasa de crecimiento de los costos industriales, al ser mayor que la correspondiente de los precios manufactureros, determinó la disminución de la tasa de beneficios".³³

Esta discrepancia entre costos y precios, por cuanto los primeros se integraban con un alto componente importado, hizo que la

³² Luis A. Faroppa, "Tentativa de explicación del desarrollo económico del Uruguay", en *El Uruguay visto...*, p. 65.

³³ *Ibid.*, p. 66.

industria dependiera cada vez más de las divisas captadas a partir de las exportaciones ganaderas. Esta situación causó permanentes y fuertes presiones de los grupos pecuarios exportadores para lograr tipos de cambio más altos que permitieran liberar un mayor volumen de divisas para su propio gasto. En 1959, el cambio de la política económica, asociado con el comienzo del gobierno blanco, que varió de ser favorable al sector industrial hacia los ganaderos, provocó una inhibición del desarrollo industrial. Esta intervención estatal agudizó las carencias estructurales que padecía el país desde 1930 e impidió el impulso del principal sector dinámico de nuestra economía. Estas carencias reposan en los siguientes hechos fundamentales.

Los treinta años entre 1935 y 1965 muestran un estancamiento en los principales rubros exportables: carne y lana. La industria, en tanto que depende de un volumen creciente de divisas disponibles para financiar las importaciones, está asociada al crecimiento ganadero. Es así que: "... mientras la manufactura estuvo recuperando el retraso en que se hallaba con relación a la ganadería (1935-1957) pudo extenderse; pero cuando alcanzó el máximo de expansión permitido por la industria clave y debió acompasar su evolución con la del sector ganadero, ya no tuvo posibilidades de progresar más".³⁴

La rigidez del sector ganadero alimentó tensiones en las relaciones estructurales: mientras éste padecía su osificación, otros sectores más o menos plásticos, como la manufactura, contradecían dicha tendencia. Este influjo proveniente de la estructura se conjugó con el cambio de la política económica acaecida en 1959 para provocar un detenimiento de la economía nacional. Esto lo revelan las tasas de crecimiento del PIB.

A su vez, en este estancamiento se afincó una inflación que hizo más voluble la inversión y alteró los niveles de consumo. Esta depresión del gasto disminuyó producción, empleo e ingresos.

La conclusión de Faroppa es tajante:

Hoy deben resolverse dos problemas, el que aparece en la superficie, de carácter inflacionario, y el verdadero problema de fondo: la economía del Uruguay, con sus estructuras actuales, no puede desarrollarse ni crecer más. El conjunto de estructuras que determinan el régimen económico vigente no puede avanzar más por el camino del mejoramiento de los niveles de vida de la población.³⁵

³⁴ *Ibid.*, p. 67.

³⁵ *Ibid.*, p. 69.

Para lograr estos objetivos hay que desatar los mecanismos motivadores de la inversión: estabilidad económica y social y precios razonables. Sin embargo, los inversionistas privados no deben ser los únicos responsables de este proceso. El Estado debe orientar, distribuir y planear la inversión nacional para que ella sea congruente con el desarrollo y el crecimiento que el país necesita y no quede librada a su posible detenimiento espontáneo en el futuro.

Es apreciable la identidad de los elementos negativos que desvirtúan el funcionamiento del modelo económico analizados por Iglesias, respecto a los enunciados por Faroppa. El modelo que había funcionado durante un largo periodo ha caído en diferentes círculos viciosos, señaladamente, el del estancamiento productivo, el del ajuste monetario como único instrumento para romper el anterior, el de la desocupación, el de la redistribución regresiva y el de la inflación. Por ello, Iglesias concluye con tono aparentemente drástico pero indudablemente reformista: "En definitiva, en el punto en donde se encuentran el estancamiento y la inflación existe una innegable necesidad de repensar el modelo que el país ha intentado realizar y proponer opciones drásticas de cambio".³⁶

3. Diferencias y concordancias

Los partidos Comunista y Socialista, fuerzas políticas de composición, arraigo, temporalidad y perspectiva diferentes, fueron más proclives a una interpretación para cimentar una estrategia que a un intento explicativo que muestre su utilidad y su poder por algún criterio de verificación no necesariamente práctico, como es, imperativamente, el caso de los científicos sociales.

El PCU, desde su tradición marxista-leninista y a partir de la discusión y reconstrucción de su propia experiencia realizada en 1955, singularmente antes del XX Congreso del PCUS, articula los principios generales o leyes del desarrollo capitalista con las peculiaridades nacionales para derivar un análisis de la realidad como teoría de la revolución uruguaya. El PSU, rompiendo paulatinamente con su tradición socialdemócrata, opta por un marxismo de inflexión nacional luego de un proceso de permanentes discusiones que se extiende entre 1953 y 1965. Arma también una teoría de la revolución nacional que recoge aportes de la historiografía revisionista y posee un sello marcadamente nacionalista.

³⁶ Enrique Iglesias, p. 83.

Sin embargo, en el papel cimentador de estrategias que juegan los planteamientos de las organizaciones políticas son distinguibles distintos compromisos con el análisis y diversos matices del enlace entre teoría y práctica. Los partidos políticos no siempre plantearon, de manera conclusiva, la necesidad de asentar sus políticas en la interpretación y el análisis de la realidad nacional. No mantuvieron la riqueza y frecuencia de la producción teórica al mismo ritmo durante todo el periodo. Característico del PCU fue el impulso generalizador de la experiencia nacional durante el periodo 1955-1964 para perdurar, más laxamente, en los resultados posteriores, y, al contrario, es típico de la producción del PSU un flujo más desorganizado durante el periodo de gestación del programa que, sin duda, se concentrará en torno a 1968-1972.

El pensamiento desarrollista vinculó una óptica keynesiana del funcionamiento de la economía, más claramente en Faroppa, con las categorías sociológicas de la estabilidad y capilaridad sociales, el conservadurismo de clase media y la necesidad de impulsar al progreso mediante un Estado regido por técnicos eficientes. Responsables de diferentes cargos públicos, estos autores comprometieron su esfuerzo con una visión reformista y acentuadamente estatista de las transformaciones que ellos reconocían como necesarias para el país.

Las diferencias fundamentales entre los enfoques de la crisis de los partidos y el de los técnicos radica en sus distintas estructuras analíticas. Los partidos marxistas organizan su análisis en torno al concepto de crisis estructural, y los técnicos desarrollistas alrededor del estancamiento o las carencias de los impulsos del progreso.

La crisis estructural es un concepto que alude a las formas de constitución de la formación social. El estancamiento o el retraso social, institucional o económico, proviene de diversas causas según el plano del análisis. Es así que ambos sitúan los motivos de la crisis que comenzaba a producirse en tendencias de larga data.

El enfoque de los partidos explica la crisis de entonces como resultado de una tendencia secular: la estructura de la formación social uruguaya se constituyó de manera deforme, es decir, no adquirió los rasgos de un capitalismo típico en virtud del atraso de la estructura agraria y de la dependencia de los capitales extranjeros. Así, los mismos elementos que explican las estructuras sociales y estatales producen las determinaciones de la crisis estructural. Es decir, hay unas clases dominantes vinculadas al capital extranjero y al monopolio de la propiedad privada de la tierra porque el país

siguió un camino de desarrollo que lo alejó de un capitalismo normal o típico y ello, a su vez, ha generado contradicciones permanentes que conforman la crisis de estructura. Y, también, existe un Estado cuya estructura es ineficiente para impulsar un capitalismo moderno porque no ha podido enfrentarse de manera decidida a los propietarios de latifundios ni a los capitalistas externos.

El enfoque desarrollista no tuvo nunca en su centro el concepto de formación social. Por el contrario, los aspectos social, institucional y económico de la realidad nacional son los característicos de su análisis. Desde un punto de vista social, la psicología social del uruguayo medio —conservadora, pesimista excesivamente— y la estructura etaria envejecida fueron las responsables de la falta de impulso a los cambios. Al mismo tiempo, las estructuras jurídicas del gobierno y de la propiedad de los activos eran obsoletas y limitantes de cualquier tendencia al desarrollo. Por último, la economía se había estancado porque las tasas de beneficio observaron una tendencia declinante, los intercambios con el exterior no aseguraban las divisas necesarias para continuar la industrialización y la tasa de inversión era inestable y baja.

Aunque divergentes analíticamente, las visiones de la crisis de los políticos vinculados al movimiento obrero, y de los técnicos desarrollistas, mostraban una crisis global. A la vez, ésta persistiría si no se hacían cambios que se denominaban siempre como estructurales.

Pero en tanto los partidos de raíz marxista querían resolver la crisis nacional mediante la desaparición del latifundio y la nacionalización de los capitales extranjeros, los desarrollistas impulsaban reformas para promover la inversión mediante la intervención estatal, para hacer más eficiente al Estado y para influir en la psicología social sin alterar el aprecio nacional por la estabilidad y la seguridad. A pesar de las diferencias de enfoque, ambas visiones conducían a propuestas políticas que afectarían, desde distintos ángulos, el *statu quo*. El Uruguay retratado por Quijano debía cambiar radicalmente para mantener su identidad. Claro está que en aquella época expropiar latifundios y nacionalizar industrias se veía como más incisivo y radical que modernizar la administración pública y que romper el conservadurismo, pero ambas políticas tendrían, de ponerse en práctica, efectos devastadores sobre “los mitos y los hechos” uruguayos.

Las propuestas que nacieron de estas visiones de la crisis cuajaron en el programa del movimiento obrero y popular. Aunque

nunca se pusieron en práctica movilizaron importantes sectores sociales como para generar un *impasse* social y político que se resolvió mediante un golpe de Estado que desarticuló al Estado liberal engendrado por el batllismo.